

CONCEPCION DE LA UNIVERSIDAD EN FUNCION DEL PENSAMIENTO Y LA OBRA DEL LIBERTADOR

JULIO CÉSAR ARROYAVE CALLE

- Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad Nacional.
 - Especializaciones en Filosofía y Letras realizadas en las Universidades de Bélgica y Londres.
 - Profesor de filosofía de la Universidad de Antioquia.
 - Condecorado por el gobierno italiano al finalizar el Congreso de Padua.
 - Miembro de la Asociación Internacional de Filosofía con sede en Ginebra.
 - Autor de numerosas obras. Entre las más destacadas figuran: “El ser del hombre”, “El pensamiento filosófico” y “la Filosofía en América”.
-

La Universidad es una comunidad de estudio.

La diferencia entre el Libertador Simón Bolívar y los demás caudillos de la independencia americana, está en que Bolívar era un pensador.

En el discurso pronunciado ante el Congreso, en Angostura, el 15 de febrero de 1819, dice el Libertador “renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso”. Parece esta frase escapada de un diálogo de Platón, el filósofo y elegante escritor de Atenas. Y, el sentido claro que tiene esta frase, nos dá a entender que el Libertador no hacía la guerra por la guerra, sino que buscaba con ella algo más, la formación de un pueblo. Y, no es solamente esta frase la única de tal magnitud que encontramos en la enciclopedia de escritos emanados de la pluma de Bolívar; muchísimas otras más adornan la literatura del Padre de la Patria, y confirman como ésta su honda preocupación por el después que sobrevendría con la terminación de las batallas de la libertad.

Pero la muerte prematura del héroe, y la amargura de los últimos días suyos, no permitieron que el Libertador viera florecer su pensamiento sobre la formación del pueblo de América como una nueva expresión de la cultura; antes bien se llevó a la tumba toda la amargura de quien presencia la hecatombe de sus ideales y el naufragio de su obra. Por eso es un deber de los hombres de buena voluntad, rescatar la Patria de los escombros de los desatinos políticos que se sucedieron al desaparecer la

sombra tutelar del genio; y elevar primero el pedestal de su gloria, y luego proclamar e imponer toda la sabiduría que brota de las palabras con que estimuló y realizó su obra. Ser bolivariano es apenas natural para todo hijo bien nacido en el suelo de América. Sólo se nace a la vida cuando se reconoce el Padre de quien procedemos.

He aquí la razón por la cual la Sociedad Bolivariana de Antioquia, mantiene viva la llama del prestigio insomne del Libertador, y cuida celosamente el mantenimiento de su grandeza para que todos miren a él, se inspiren en él, y tomen de él la honradez de su esfuerzo. Y, por eso vamos ahora a confrontar lo que es la universidad en función del pensamiento y la obra del Libertador, para que haya rectificaciones sustantivas que superen cualquier tentativa de reforma universitaria o estatuto de educación superior; pues nada que no tenga la potencia del Padre de la Patria, podrá llamarse a un destino de realizaciones fecundas y sinceras. Que sea este año del sesquicentenario de la muerte del Libertador, el que invite a rescatar la universidad de su ruina académica e institucional.

La universidad es una comunidad de estudio. Pero es ante todo “comunidad”; y eso es precisamente lo que no han sabido interpretar debidamente quienes han velado por ella, o han sido encomendados para promoverla, vigilarla y protegerla. Por mucho tiempo la universidad sólo fué un recinto para discutir ideologías, que a nada condujeron. Se formaron generaciones de parlamentarios que fueron a las corporaciones legislativas a discutir, a polemizar, a dividirse, a cegar su alma con ambiciones inauditas. Se discutía el poder; pero en ningún sentido exacto; sólo como ambición de mando, a la manera romana. Esta universidad parlamentaria sólo hacía brillar figuras ante un pueblo casi analfabeto; nó era, no podía ser una universidad comunitaria.

Y, sobrevino con el desarrollo económico, la universidad multitudinaria, con una orientación rigurosamente tecnológica y profesional; había que formar expertos en todos los campos; y para ello no se escatimó esfuerzo alguno; hasta importar profesores o enviar a nuestros muchachos a especializarse en el exterior; y regresar o salir de las aulas con un diploma —que se convirtió en la gran meta universitaria— para “ocuparse en ganar dinero”. En todas partes había un gran interés por la universidad, pues ella redimía de la pobreza o garantizaba la posesión del dinero. La consecuencia natural de esta universidad fue la formación de la clase capitalista y la concentración de la riqueza en unos pocos que manejan a su manera personal los destinos de la economía como lo único realmente fundamental de la existencia. De esta manera caímos en la ruina moral.

Hemos querido tomar solamente una frase del Libertador, por aparecer en el discurso suyo, con el cual se refirió a la formación de Colombia, desde aquella vigorosa aldea a la orilla del Orinoco; y en presencia de un congreso que presidía Francisco Antonio Zea, uno de los grandes adalides del saber en la América de la Independencia, por demás prócer insigne. Esa frase es inmortal porque menciona la virtud; y Sócrates, el maestro de los filósofos griegos, había dicho que “sólo es sabio el hombre virtuoso”. Y, nosotros ampliamos el horizonte de esa frase diciendo que

la universidad sólo es tal cuando es virtuosa. Y esa virtud nace de la filosofía que es la escuela auténtica del saber; y por eso fue llamada en los primeros tiempos de Grecia “amor a la sabiduría”. ¿Hay en nuestras universidades amor a la sabiduría? ¿Consagración al estudio? O, simplemente ganas de dinero y bienestar económico personal, a espaldas de lo que es servir a la comunidad y entenderla con todas sus dificultades. Precisamente, por no tener virtud, nuestra universidad vive de espaldas a la comunidad, ajena a la comunidad, a la que mira sólo como un mar de problemas y necesidades que permite un “mercado de empleo”.

En buena hora, el gobierno se endeudó y comprometió con recursos extraordinarios, para aumentar la educación media o secundaria, y producir multitudes de bachilleres —quizás abandonando lo fundamental de la educación que es la enseñanza elemental, en veredas y campos—. Pero ha ocurrido lo inaudito: una presión aterradora sobre la universidad —que da títulos profesionales—. Y, como consecuencia de esta presión, las universidades se multiplicaron, ya no oficialmente, sino particularmente. Pero las multitudes de bachilleres sólo querían programas con “mercado de empleo”; y las escuelas y facultades que más atrajeron alumnos, fueron aquellas que daban prestigio o permitían “dominio económico fácil”. De esta manera se agravó el problema de la virtud; se deshizo en conflictos. Ni el bachillerato tiene por objeto la universidad, ni la universidad tiene por qué preocuparse por la multitud de bachilleres. El bachillerato es una cultura general que debe poseer toda persona; que la ilustra, cuando ese bachillerato es una formación virtuosa. Es imposible y absurdo que la universidad pueda recibir a las multitudes de bachilleres, para hacer de ellos tecnólogos. Y, ningún país —así sea el de mayor desarrollo— está en condiciones de ocupar “multitudes de tecnólogos universitarios”.

Lo normal, lo justo, lo discreto, lo honesto, es tener una universidad, un tipo de universidad que sea “comunidad de estudio”; donde el afán sea “estudiar con virtud”, consagrarse a la disciplina académica que forma para darle a la existencia un contenido más espiritual, de mayor horizonte humano. Pretender la investigación resulta difícil; porque para ello es necesario disponer de inteligencias superiores —que suelen ser demasiado escasas—. Pero lo importante es saber que a la universidad se vá a estudiar, no para titularse, ni envanecerse, ni distinguirse, sino para “ser más en el servicio a los demás”. Bien lo decía Aristóteles en su primer tratado de ética: el resultado de la educación debe ser ético, y la ética es ante todo un sentido de los demás; una capacidad para hacer comunidad, para servir y sacrificarse en función de los demás. Así se sacrificó el Libertador; así se sacrificó más ampliamente, más generosa y bellamente Cristo. Solamente un gran sentido de la virtud en nuestros egresados de la universidad, se puede proyectar sobre los demás, para hacerlos igualmente virtuosos. Cuando los ignorantes se ven explotados por los profesionales sin conciencia, aumenta el odio y crece la ignorancia social.

Si algo hace grande la figura del Libertador, en los destinos de América, es su pensamiento político: la creación de un mundo americano justo; con aquella inmensidad significativa de la justicia que es equilibrio entre el deber y el derecho; con aquella justicia que tiene pie firme en el deber

ser; porque sólo así pueden tener vigencia los derechos. Nada es el derecho mientras no le preceda un deber. Los derechos como poderes son privilegios arbitrarios; contra los cuales esgrimió el Libertador su espada, y tras de ella la blandieron con heroísmo Córdoba, Sucre y tantos hombres superiores más que estuvieron a su lado luchando por darle a la libertad una plataforma ancha y noble, sobre la cual se alzara la justicia. Hoy tenemos como primer deber de esa concepción del Libertador, el trabajo. Nada engendra tantos derechos como el deber de trabajar; y la política que es la filosofía del estado, debe ante todo mirar a ese deber, para garantizarlo y enaltecerlo, sin demagogias ideológicas, sin ambiciones de ventaja sobre los demás; dándole como fuerza la capacidad que todo ser humano trae al nacer y que es esencialmente, íntimamente, una capacidad de servicio a los demás; sin quitarle a nadie, sin violentar a nadie, sin perjudicar a nadie, sin atentar contra la vida de nadie, sin deshonrar a nadie; sin mancillar el nombre de Dios que nos ha hecho a todos “capacidades de ser” en función de los valores que alumbran nuestra conciencia como factores de convivencia.

En el alma del Libertador estaba presente el estado, la idea del estado como “convivencia justa”; y esto es lo que hay que tomar en cuenta en un análisis de su obra. El quería y así lo demostró siempre, que América fuera un mundo mejor. En sus grandes mensajes demuestra un conocimiento asombroso de la historia, de la cual extraía constantemente ejemplos, referencias para ilustrar sus tesis; demostrando una pasión por todo lo humano y mirando en todo momento el porvenir del Nuevo Mundo. Temía a cada momento a la traición que anida en tantos hombres; y veía con sorpresa cómo emergían las más variadas formas de conspiración y asechanza. Sus grandes elogios para Sucre, fueron siempre la comprobación que hacía a diario de su lealtad; hasta sacrificar toda su carrera en el gobierno de Bolivia, donde se movieron las más aterradoras iniciativas de la falsedad y la ignorancia. Pero hasta en sus últimos momentos ardió en su corazón el espíritu de un mundo mejor para los americanos. Su visión siempre fue continental; y no es otra la base de su pensamiento político de la Gran Colombia; o la Unión de los Estados Americanos, puesta a consideración en el Congreso Anfictiónico de Panamá.

En todo esto hay que pensar, cada vez que nos refiramos a la universidad; porque en todos los pueblos la universidad corresponde al instituto de altos estudios donde deben salir incesantemente los hombres y las ideas para hacer posible el desarrollo del bienestar social. El pensamiento y la obra del Libertador deben estar presentes en la concepción de la universidad nuestra, la de Colombia y la de América, como un centro de capacitación superior al servicio de la comunidad. Toda universidad que no esté al servicio de la comunidad, ni tiene carácter universitario, ni obedece a un fundamento académico honesto. Por eso es por lo que esta multiplicación de universidades multitudinarias, sin cohesión espiritual, sin actos comunitarios, sin profesores que se destaquen en el medio social por su saber, sin proyección a los problemas que abruman a la población indefensa, ignorante, sumisa o precaria; ni tiene aceptación, ni obedece a un espíritu de estudio. Han surgido de la noche a la mañana, ya crecidas, adultas; cuando todo proceso de formación universitario dura siglos; partiendo de un presupuesto humano de gentes superiores y alcanzando

todos los días más proyección social, más aceptación comunitaria. La universidad tiene que brotar de la tradición, afianzarse en la tradición, hacer tradición; y sobre todo servir, para que el pueblo la conozca, y la reconozca por su idoneidad, por sus beneficios, por su altura en la sabiduría, por su bondad en la honradez de todos sus egresados. Ahora, cuando está tan de moda la evaluación de toda tarea, valdría la pena hacer un escrutinio de los valores humanos de cada universidad; en qué forma se distinguen sus egresados por el desinterés para servir a la comunidad, para hacerla mejor, para enaltecerla, para resolverle sus apremiantes y abrumadoras necesidades; pero que esto lo diga la comunidad como consenso social, y no unas estadísticas frías, insípidas, sin sangre y sin espíritu.

Algunas universidades de otras partes, nos ayudan a ilustrar lo que estimaba el genio del Libertador como centros superiores de estudio en América; tal es el caso de Heidelberg en Alemania, donde la misma ciudad es la universidad, porque la universidad es una comunidad de estudio; y en muchas casas viven genios del saber, con treinta o cuarenta años de apostolado, educando, formando, labrando material humano; y progresando en su docencia, hasta hacerse tan apetecidos que quienes logran estar a su lado se consideran personas de la mayor ventura. Por todas partes sólo se ve aplicación al estudio, desvelado empeño por llegar a ser capacidades humanas al servicio de los demás; donde aparecen tratados, libros de sabiduría, compendios, guiones de trabajo; y sobre todo donde siempre hay algo nuevo, algo que producen mentes iluminadas de espíritu; con una elocuencia que cautiva y obliga a meditar, a pensar, a detenerse con profundidad, con seriedad y honda sensatez. Cuán distinta es la universidad empresa, siempre pensando en presupuestos, en ensanches; hasta en ridiculeces como residencias o centros asistenciales. La universidad auténtica es pobre, es humilde; demanda sacrificios porque la vigilia del estudio es como la luz de una lámpara cuyo aceite se consume con el esfuerzo creador; y sólo queda el ambiente para que otros la vuelvan a proveer y prosiga iluminando con el transcurso de las generaciones.

Hoy se habla hasta de universidades privadas; cómo crece el egoísmo; cómo se agiganta la impopularidad de la educación, su desvinculación humana. La universidad es del pueblo; parte viva de la comunidad; casi que el alma de la comunidad; de la cual vive la comunidad; se nutre y se alimenta para su bienestar. El Libertador señaló los destinos de la universidad en América, cuando estableció en el Congreso de Angostura la necesidad de la virtud en la educación.